

LAS AVENTURAS
DE SHERLOCK
HOLMES



ARTHUR CONAN DOYLE LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES



Las aventuras de Sherlock Holmes

Título original: *The Adventures of Sherlock Holmes*

Autor: Arthur Conan Doyle

Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: abril 2026

ISBN 978-950-02-1752-1

Impreso en Buenos Aires Print,

Sarmiento 459, Lanús Este,

provincia de Buenos Aires,

en abril de 2026.

Tirada: 3000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur

Las aventuras de Sherlock Holmes / Arthur Conan Doyle. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

480 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis.

ISBN 978-950-02-1752-1

1. Novelas Policiales. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa

Inglés. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.

CDD 823

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Un escándalo en Bohemia

I

Para Sherlock Holmes, ella siempre iba a ser la mujer. Rara vez lo escuché mencionarla de otra forma. A sus ojos, ella empuqueñecía y dominaba a todas las de su sexo. Y no porque sintiera por Irene Adler nada semejante al amor. Cualquier emoción y esa en particular le eran aborrecibles a su inteligencia fría y exacta, aunque perfectamente equilibrada. Siempre lo he considerado como la maquinaria de observación y razonamiento más perfecta que el mundo haya conocido, pero como amante se habría situado en una posición falsa. Jamás aludía a las pasiones más sensibles si no era con desdén e ironía. Aquellas eran cuestiones admirables para el observador, inestimables para descubrir el velo de las motivaciones y los actos de la gente.

Pero para un razonador eximio, aceptar semejantes intromisiones en su fina y bien compuesta personalidad significaba incorporar un elemento de distracción con capacidad de diseminar la duda en todos sus razonamientos.

Para una naturaleza como la suya, una emoción intensa era todavía más disruptiva que la arena en un instrumento refinado o el quiebre de uno de sus potentes lentes de aumento. Y, no obstante, hubo para él una mujer, y ella fue Irene Adler, de ambiguo y discutible recuerdo.

En el último tiempo, había visto poco a Holmes. Mi casamiento nos había alejado. Mi felicidad y los encantos hogareños que aparecen ante el hombre que por primera vez es dueño de su casa eran suficientes para captar mi atención completa; en tanto, Holmes, que detestaba cualquier estilo de vida social con todo su espíritu bohemio, se quedó en sus habitaciones de Baker Street, debajo de sus viejos libros e intercambiando una semana de cocaína con otra de ambición, entre los ensueños de la droga y la brutal energía de su apasionado temperamento. Como era habitual, le seguía interesando el estudio del crimen y consagraba su enorme capacidad y su sorprendente poder de observación a seguir rastros y resolver enigmas a los que la policía había renunciado por imposibles. De tanto en tanto, tenía alguna imprecisa noticia de sus aventuras: su viaje a Odessa para actuar en el caso del asesinato de Trepoff, el esclarecimiento de la rara tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, finalmente, la gestión que tan discreta y competentemente había llevado a cabo para la familia real de Holanda. Sin embargo, además de

estos signos de actividad, que yo compartía con todos los lectores de la prensa diaria, apenas sabía algo más de mi viejo amigo y compañero.

Una noche —era el 20 de marzo de 1888— regresaba yo de hacer una visita a un paciente (porque nuevamente estaba ejerciendo la medicina) cuando el camino me condujo por Baker Street. Cuando pasé frente a la puerta que recordaba tanto y que siempre mi mente asociaría con mi noviazgo y con los escabrosos incidentes del *Estudio en escarlata*, sentí intensas ganas de volver a ver a Holmes y de ponerme al tanto de en qué usaba sus sorprendentes poderes. Sus habitaciones se hallaban por completo iluminadas y al alzar la vista, vi cruzar dos veces su imagen alta y delgada, como una sombra detrás de la cortina. Daba rápidos y largos pasos por la habitación, con aspecto ansioso, la cabeza dentro del pecho y las manos unidas en la espalda. A mí, que sabía a la perfección de sus costumbres y sus humores, esa actitud y esa postura me narraban una historia. Nuevamente estaba inmerso en el trabajo. Había emergido de las ensañaciones de la droga y seguía de cerca la huella de algún nuevo asunto. Llamé a la puerta y me guiaron a la habitación que, en parte, había sido la mía.

No estuvo muy demostrativo; rara vez lo estaba, pero creo que se puso contento de verme. Casi sin pronunciar

una palabra, pero con una mirada afectuosa, me señaló una butaca, me lanzó su caja de cigarros y me indicó una botella de licor y un sifón que tenía en la esquina. Después se paró delante del fuego y me miró de esa forma reconcentrada, tan suya.

—El casamiento le va bien. Aseguraría, Watson, que engordó usted tres kilos y medio.

—Tres —contesté.

—De hecho, yo aseguraría que algo más. Solo algo más, Watson. Y veo que ejerce nuevamente. No me anunció que tenía la intención de regresar a su profesión.

—Y entonces, ¿cómo sabe?

—Lo veo, lo infiero. De la misma manera que sé que se ha mojado mucho últimamente y que su criada es muy torpe y descuidada.

—Mi estimado Holmes —protesté—, eso ya es demasiado. No tengo dudas de que si hubiera vivido usted hace unos siglos, habría sido quemado en la hoguera. Es completamente cierto que el jueves fui a dar un paseo por el campo y regresé a casa empapado; pero, como me cambié de ropa, no consigo imaginar de qué forma pudo adivinarlo. Y sobre Mary Jane, no tiene arreglo y mi mujer la despidió; pero tampoco llego a ver cómo lo dedujo.

Se rio para sus adentros y se restregó las largas y nerviosas manos.

—Es de lo más sencillo de este mundo —dijo—. Mis ojos me indican que en la parte interna de su zapato izquierdo, donde ilumina la luz de la chimenea, la suela tiene seis cortes casi paralelos. Obviamente, los hizo alguien al raspar sin cuidado alguno los bordes de la suela para sacar el barro adherido. Así pues, ya ve, de ahí mis dos deducciones: que ha salido con mal tiempo y que tiene un ejemplar especialmente dañino de la esclavitud londinense. Respecto de su ejercicio profesional, si un caballero ingresa en mi habitación con olor a cloroformo, con el índice derecho con una mancha negra de nitrato de plata y con un bulto en el costado de su sombrero de copa, que señala dónde tiene oculto el estetoscopio, debería ser tonto para no reconocerlo como un miembro en actividad de la profesión médica.

No pude evitar reír ante la sencillez con la que explicó su proceso de deducción.

—Cuando lo escucho exponer sus razonamientos, todo me parece tan absurdamente sencillo que yo mismo podría hacerlo. Y no obstante, cada vez que razona permanezco atónito hasta que da cuenta del proceso. E incluso así, opino que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Por supuesto —prendió un cigarrillo y se dejó caer en un sillón—. Usted ve, pero no mira. La diferencia es

elocuente. Por ejemplo, muchas veces usted debe haber visto los escalones que conducen desde la entrada hasta esta habitación.

—Muchas.

—¿Cuántas?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Y cuántos escalones hay?

—¿Cuántos? No lo sé.

—¿Lo ve? No miró. Y eso que lo ha visto. A eso hacía referencia. Pues bien, yo sé que son diecisiete escalones, porque no solo vi, sino que observé también. A propósito, ya que usted se interesa en estos asuntos superficiales, y como tuvo la gentileza de poner por escrito una o dos de mis triviales experiencias, tal vez le interese esto —me extendió una carta escrita en un grueso papel de color rosa, que se hallaba abierta sobre la mesa—. Llegó en el último reparto del correo. Léala en voz alta.

La carta no tenía fecha, ni firma, ni dirección.

Esta noche, a las ocho menos cuarto, lo visitará un caballero que quiere hacerle una consulta sobre un tema de extrema importancia. Los servicios que recientemente le dispensó a una de las familias reales de Europa evidenciaron que se le pueden confiar cuestiones cuya

derivación difícilmente pudiera exagerarse. Estas referencias nos han llegado de todas partes. Esté en su habitación, entonces, a la hora señalada y no se asombre si su visitante usa una máscara.

—Esto sí es un enigma. ¿Qué piensa que significa?

—Aún no tengo esos datos. Es un error fundamental elucubrar teorías antes de disponer de información. Sin notarlo, uno comienza a falsear los hechos para que se adapten a las teorías, en vez de adaptar las teorías a los hechos. Pero respecto a la carta en sí, ¿qué infiere de ella?

Estudí con atención la letra y el papel en el que se hallaba escrita.

—El caballero que la escribió posiblemente tiene una buena posición económica —dije, tratando de emular los razonamientos de mi amigo—. Este tipo de papel no vale menos de media corona el paquete. Es especialmente grueso y compacto.

—Especial, esa es la palabra —dijo Holmes—. En absoluto es un papel de origen inglés. Obsérvelo a contraluz.

Así lo hice y advertí una “E” mayúscula con una “g” minúscula y una “P” y una “G” mayúsculas con una “t” minúscula, impresas en la textura del papel.

—¿Qué le indica esto? —inquirió Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o más bien, su monograma.

—Para nada. La “G” mayúscula con la “t” minúscula remiten a *Gesellschaft*, que en alemán quiere decir “compañía”; una contracción usual, como cuando en inglés ponemos “Co”. La “P”, desde luego, quiere decir *papier*. Vamos ahora a la “Eg”. Demos un vistazo a nuestra *Geografía del Continente* —extrajo de un estante un grueso volumen marrón—. Eglow, Eglonitz... Aquí está: Egria. Se halla en un país de habla alemana..., en Bohemia, no muy distante de Carlsbad. “Lugar reconocido por ser escenario de la muerte de Wallenstein y por sus múltiples fábricas de cristal y papel”. ¡Ajá, hombre! ¿Qué dice de esto?

Sus ojos destellaron y dejó salir de su cigarrillo una nube triunfal de humo azul.

—Que el papel es de Bohemia —dije.

—Por supuesto. Y el hombre que escribió la carta es alemán. ¿Ha notado usted la curiosa construcción de la frase: “Estas referencias nos han llegado de todas partes”? Un francés o un ruso no habrían escrito semejante cosa. Solo los alemanes tienen tan poca consideración con los verbos. En consecuencia, solo resta saber qué es lo que desea este alemán que escribe en papel de Bohemia y elige usar un antifaz en vez de mostrar su rostro. Y si no estoy errado, aquí llega para despejar todas nuestras dudas.

En tanto hablaba, se oyó con claridad el ruido de cascos de caballos y de ruedas que rozaban el cordón de la vereda, seguido de un fuerte tirar de la campana. Holmes dejó oír un silbido.

—Por lo que escucho, un gran señor. Sí —siguió, mientras se asomaba a la ventana—, un hermoso carruaje y un par de excelentes caballos. Ciento cincuenta guineas cada uno. Si no hay alguna otra cosa, por lo menos en este caso hay dinero, Watson.

—Creo que será conveniente que me vaya, Holmes.

—Para nada, doctor. Quédese donde está. Me siento perdido sin mi Boswell¹. Y esto parece ser interesante. Sería una lástima que se lo perdiera.

—Pero su cliente...

—No se haga problema por él. Yo puedo llegar a necesitar su ayuda y quizás él también. Aquí está. Tome asiento en ese sillón, doctor, y no deje escapar ningún detalle.

Unos pasos parsimoniosos y pesados, que se habían escuchado en la escalera y el pasillo, se detuvieron al otro lado de la puerta. Entonces, se oyó un golpe enérgico y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

1. Biógrafo escocés y, por extensión, todo biógrafo entusiasta de la persona de la que redacta una biografía. (*N. de E.*).

Entró un caballero de no menos de dos metros de altura, con el cuerpo y los brazos de un Hércules. Estaba vestido de manera lujosa, con un lujo que en Inglaterra se habría considerado inclinado al mal gusto. Gruesos apliques de astracán adornaban las mangas y las solapas de su sobretodo, en tanto la capa azul oscuro que traía sobre los hombros estaba forrada en seda roja como el fuego y se prendía al cuello con un broche de una única y fulgurante esmeralda.

Unas botas hasta la mitad de las pantorrillas, con el borde superior adornado con lujosa piel marrón, remataban la apariencia de bárbara riqueza que infundía toda su figura. En la mano traía un sombrero de ala ancha y la parte de arriba de su rostro, hasta más abajo de los pómulos, se veía cubierta por un antifaz negro, que aparentemente se había calzado recién, ya que todavía lo sujetaba con la mano cuando entró. Por la parte inferior de su cara, parecía una persona de temperamento fuerte, con un grueso labio inferior, algo caído, y el mentón largo y recto, lo que señalaba un carácter resuelto, llevado hasta los límites de la obcecación.

—¿Le llegó mi nota? —inquirió con voz seria y enronquecida, y un fuerte acento alemán—. Le informé que vendría a verlo. —Miraba ya a uno, ya a otro, como si no estuviese seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, siéntese —dijo Holmes—. Él es mi amigo y colaborador, el doctor Watson, que, de tanto en tanto, tiene la gentileza de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el gusto de dirigirme?

—Puede usted dirigirse a mí como conde von Kramm, noble de Bohemia. Presumo que este caballero, su amigo, es una persona honorable y discreta, en quien puedo tener confianza en un asunto de la máxima trascendencia. Si no es así, preferiría tratar a solas con usted.

Me incorporé para irme, pero Holmes me tomó de la muñeca y me hizo volver a sentarme.

—O los dos o ninguno —dijo—. Todo lo que quiera confiarme a mí puede hacerlo delante de este caballero.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces, comenzaré —dijo— por pedirles a los dos que prometan guardar el más estricto secreto por dos años, luego de los cuales el tema ya no tendrá relevancia. Por ahora, no exagero si afirmo que es un tema de tal importancia que podría influir en la historia de Europa.

—Lo prometo —afirmó Holmes.

—Y yo.

—Deberán disculpar esta máscara —siguió nuestro exótico visitante—. La augusta persona en nombre de quien estoy aquí no quiere que su agente sea conocido y

tengo que confesar, en este instante, que el título que me he atribuido no es el mío con exactitud.

—Ya me había percatado de eso —dijo Holmes con sequedad.

—La situación es muy sensible y es necesario tomar todo tipo de previsiones para evitar lo que podría transformarse en un escándalo enorme, que envolvería a una de las casas reinantes en Europa. Siendo claro, el tema involucra a la Gran Casa de Ormstein, reyes herederos de Bohemia.

—También me he percatado de eso —dijo Holmes, arrellanándose en su butaca y entornando los ojos.

Nuestro visitante miró con asombro la lánguida imagen recostada de la persona que, sin duda, le había sido recomendada como el analítico más agudo y el agente más dinámico de Europa. Holmes abrió con lentitud los párpados y observó impaciente a su gigantesco cliente.

—Si su majestad se dignara a describir el asunto —dijo—, me hallaría en mejor situación para ayudarlo.

El hombre se paró de un salto y caminó por la habitación de uno a otro lado, preso de una irrefrenable conmoción. Después, con un ademán de consternación, se quitó la máscara del rostro y la arrojó al piso.

—Está en lo cierto —aceptó—. Soy el rey. ¿Por qué habría de esconderlo?

—¿Por qué, ciertamente? —musitó Holmes—. Antes de que su majestad dijera una palabra, yo ya tenía la certeza de que me dirigía a Guillermo Gottsreich Segismundo von Ormstein, gran duque de Cassel-Falstein y rey heredero de Bohemia.

—Pero entenderá —argumentó nuestra visita, mientras se volvía a sentar y se pasaba la mano por la frente blanca y abierta—, usted entenderá que no suelo llevar a cabo en persona este tipo de gestiones. Sin embargo, el caso es tan sensible que me era imposible confiarlo a un agente sin quedar yo mismo en su poder. Vine de incógnito desde Praga para hacerle una consulta.

—Pues consúlteme, por favor —dijo Holmes volviendo a entrecerrar los ojos.

—En breves palabras, los hechos son estos: hará unos cinco años, durante una larga estadía en Varsovia, conocí a la renombrada aventurera Irene Adler. Sin duda, el nombre le será conocido.

—Por favor, búsquela en mis cuadernos, doctor —me solicitó Holmes, sin abrir los ojos.

Durante muchos años había tenido el método de coleccionar compendios de noticias sobre toda suerte de personas y cosas, de modo que era extraño mencionar un tema o a una persona sobre los que no fuera capaz de dar información al momento. En este caso, hallé la biografía de la

dama entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de estado mayor que había redactado una monografía acerca de los peces de las grandes profundidades.

—Veamos —dijo Holmes—. ¡Bien! Nacida en Nueva Jersey en 1858. Contralto... ¡Hmmm! La Scala... ¡Hmmm! *Prima donna* de la ópera imperial de Varsovia... ¡Ya! Retirada de los escenarios de la ópera... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según me parece comprender, su majestad tuvo una aventura con esta joven, le envió algunas cartas comprometidas, y ahora quiere recobrarlas.

—Exacto. Pero ¿cómo...?

—¿Hubo un casamiento en secreto?

—No.

—¿Algún certificado o un documento legal?

—Ninguno.

—Entonces no lo entiendo, majestad. Si esta joven sacara a la luz dichas cartas, con intenciones de extorsión o de cualquier otra índole, ¿cómo demostraría que son auténticas?

—Es mi letra.

—¡Bueno! Falsificada.

—Es mi papel personal de cartas.

—Robado.

—Mi sello propio.

—Imitado.

—Mi foto.

—Comprada.

—Estamos los dos en la fotografía.

—¡Por Dios! Eso es muy malo. Por supuesto, su majestad cometió un desliz.

—Me hallaba loco..., perturbado.

—Se involucró gravemente.

—En ese momento no era más que príncipe heredero. Era joven. Incluso ahora apenas tengo treinta años.

—Es indispensable recuperarla.

—Hemos tratado, en vano.

—Su majestad deberá pagar. Es necesario comprarla.

—No desea venderla.

—Entonces, hay que robarla.

—Se trató de hacerlo cinco veces. En dos oportunidades, ladrones, a los que les pagué, inspeccionaron su casa. Una vez hicimos extraviar sus maletas durante un viaje. Dos veces fue asaltada. Nunca tuvimos resultados positivos.

—¿No se halló rastro alguno de la fotografía?

—Ninguno en absoluto.

Holmes rio.

—Sí que es un precioso asunto —señaló.

—Pero para mí es muy grave —respondió el rey en tono admonitorio.

—Muy grave, con certeza. ¿Y qué busca hacer ella con la foto?

—Estropearme la vida.

—Pero ¿de qué manera?

—Estoy por casarme.

—Eso escuché.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Tal vez sepa usted de los rígidos principios de su familia. Ella misma es el cúmulo de la distinción. Cualquier asomo de duda sobre mi comportamiento concluiría con el compromiso.

—¿Y qué aduce Irene Adler?

—Amenaza con mandar la foto. Y lo habrá de hacer. Estoy seguro de que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un temple de acero. Posee el rostro de la más hermosa de las mujeres y la mente del más decidido de los hombres. No existe nada que no esté decidida a hacer con tal de impedir que yo me case con otra mujer... nada.

—¿Tiene certeza de que todavía no la mandó?

—Absoluta.

—¿Por qué?

—Porque dijo que la mandará el día en que el compromiso se haga público. Lo que ha de ser el lunes que viene.

—Oh, entonces todavía nos restan tres días —dijo Holmes, con un bostezo—. Es una gran fortuna, pues, en este momento debo hacerme cargo de uno o dos temas de suma relevancia. Desde luego, su majestad permanecerá en Londres por ahora...

—Por supuesto. Me hallará en el Langham, bajo el nombre de conde von Kramm.

—Entonces, le enviaré unas líneas para que se mantenga al tanto de nuestros progresos.

—Por favor, hágalo así. Esperaré ansioso.

—¿Y respecto del dinero?

—Tiene usted carta blanca.

—¿Totalmente?

—Le aseguro que entregaría una provincia de mi reino por hacerme con esa fotografía.

—¿Y para afrontar los gastos del momento?

El rey extrajo de debajo de su capa una gran bolsa de gamuza y la colocó sobre la mesa.

—Aquí tiene trescientas libras en oro y setecientas en billetes de banco —afirmó.

Holmes confeccionó un recibo en una de las hojas de su cuaderno de notas y se lo dio.

—¿Y la dirección de *mademoiselle*? —preguntó.

—Residencia Briony, Serpentine Avenue, St. John's Wood.

Holmes la anotó.

—Una última pregunta. ¿La fotografía es de gran tamaño?

—Sí, efectivamente.

—Entonces, buenas noches, majestad, espero pronto darle buenas noticias. Y buenas noches, Watson —agregó cuando se escuchó que las ruedas del carruaje real rodaban por la calle—. Si es tan amable de regresar aquí mañana a las tres de la tarde, me gustará conversar con usted sobre este pequeño caso.

II

A las tres en punto ya me encontraba en Baker Street, pero Holmes todavía no había vuelto. La casera me comentó que se había ido de la casa apenas después de las ocho de la mañana. No obstante esto, me senté al lado del fuego, con la idea de aguardarlo, más allá de cuánto demorara. Ya tenía un gran interés en el caso, pues al margen de que no presentaba ninguna de las particularidades raras y sombrías que habían caracterizado a los dos crímenes que ya he relatado en otro lugar, su naturaleza y la encumbrada posición del cliente le daban un rasgo único. Lo cierto es que, más allá del tipo de pesquisa que mi compañero tuviera en sus manos, había algo en su forma excepcional de aprehender las situaciones y en sus penetrantes y agudos

razonamientos que hacía que para mí fuera muy grato estudiar su manera de trabajo y las metodologías veloces y sutiles con las que dilucidaba los enigmas más complicados. Tan habituado estaba a sus constantes éxitos que ni se me ocurría que pudiera fracasar.

Casi eran las cuatro ya cuando se abrió la puerta y entró en la sala un mozo con aspecto de borracho, desaliñado y con patillas, con el rostro rojo y vestimenta más bien impresentable. No obstante lo habituado que estaba a la sorprendente capacidad de mi compañero en el uso de disfraces, debí mirarlo tres veces para persuadirme de que, en efecto, era él. Luego de un breve saludo, desapareció dentro de su dormitorio, de donde salió cinco minutos más tarde en un traje de tweed y con su aspecto respetable de siempre. Se puso las manos en los bolsillos, alargó las piernas frente a la chimenea y comenzó a reír a carcajadas durante un largo rato.

—¡Bueno, bueno! —exclamó, atragantándose y volviendo a reír hasta quedar débil y agotado, sobre su sillón.

—¿Qué sucede?

—Es sumamente gracioso. Estoy convencido de que jamás lograría adivinar usted en qué empleé la mañana y lo que terminé haciendo.

—No lo imagino. Creo que habrá estado estudiando los hábitos y tal vez la casa de la señorita Irene Adler.

—Por supuesto, pero lo extraño fue lo que sucedió luego. Voy a relatárselo. Me fui de casa algo después de las ocho de la mañana, vestido como mozo de cuadra sin trabajo. Entre quienes trabajan en el mundo de los caballos hay mucho compañerismo, una real hermandad; si es uno de ellos, muy pronto sabrá todo lo que quiera saber. No demoré en hallar la residencia Briony. Es una villa lujosa, con un jardín en la parte trasera, pero que por delante llega justo hasta la carretera; tiene dos pisos. Cerradura Chubbs en la puerta. A la derecha, una gran sala de estar, bien amueblada, con ventanales casi hasta el suelo y esos caricaturescos pestillos ingleses en las ventanas, que hasta un niño es capaz de abrir. Más allá de esto, no había nada que suscitara interés, a excepción de que, desde el techo de la cochera, se puede alcanzar la ventana del pasillo. Di la vuelta a la casa y la estudié con atención desde todos los ángulos, pero no advertí nada interesante.

”Entonces, me apliqué a caminar por la calle y, tal como había supuesto, hallé unas caballerizas en un callejón, al lado de una de las tapias del jardín. Les di una mano a los mozos que aseaban los caballos y a cambio me dieron dos peniques, un vaso de cerveza, dos cargas de tabaco para la pipa y toda lo que quería saber sobre la señorita Adler, por no mencionar a otra media docena de

vecinos que no me preocupaban en absoluto, pero cuyas biografías no tuve más remedio que escuchar.

—¿Y qué supo de Irene Adler? —pregunté.

—Bueno, ha enloquecido a todos los hombres del vecindario. Es la cosa más bella que se haya visto bajo un sombrero en todo el planeta. Eso al menos asevera hasta el último hombre. Tiene una vida tranquila, canta en conciertos, todos los días sale a las cinco y retorna a cenar a las siete en punto. Rara vez sale en otro horario, excepto las veces que canta. Solo tiene una visita masculina, pero la ve mucho. Es moreno, buenmozo y elegante. Un tal Godfrey Norton, del Inner Temple. Ya advierte las ventajas que significa tener como confidente a un cochero. Lo llevaron una docena de veces desde el Serpentine y saben todo sobre él. Luego de oír todo lo que tenían para contarme, me fui nuevamente a recorrer las inmediaciones de la residencia Briony, urdiendo mi plan de ofensiva.

”Obviamente, este tal Godfrey Norton era un elemento de importancia en el asunto. Es abogado; esto me sonó mal. ¿Qué relación existía entre ellos y cuál era la razón de sus reiteradas visitas? ¿Era ella su clienta, su amiga o su amante? Si era lo primero, posiblemente habría puesto la foto bajo su custodia. De ser lo último, no era tan probable que lo hubiese hecho. En esta cuestión estribaba que yo siguiera mi trabajo en Briony o apuntara mi atención

a los departamentos del caballero en el Temple. Era un aspecto delicado que ensanchaba el campo de mis pesquisas. Siento temor de aburrirlo con estos detalles, pero debo hacerlo partícipe de mis pequeños inconvenientes para que pueda usted entender la situación.

—Lo sigo con atención —contesté.

—Aún le daba vueltas al tema cuando arribó a Briony un coche de suma elegancia, del que descendió un caballero. Era un hombre muy buenmozo, moreno, de nariz aguileña y bigote. Evidentemente, el mismo del que yo había escuchado referencias. Parecía estar muy apurado, le gritó al cochero que aguardara y cruzó como una exhalación ante la doncella que le abrió la puerta, con la confianza de quien se encuentra en su propia casa.

”Estuvo allí una media hora y un par de veces pude verlo a través de las ventanas de la sala de estar, yendo de un lado a otro, hablando agitado y moviendo mucho los brazos. A ella no la vi. Finalmente, el caballero se fue, más exaltado todavía que cuando ingresó. Al subir al coche, sacó un reloj de oro de su bolsillo y lo miró preocupado

”—¡Corra como el diablo! —ordenó—. Primero a Gross & Hankey, en Regent Street, y después a la iglesia de Santa Mónica, en Edgware Road. ¡Tiene media guinea si lo logra hacer en veinte minutos!

”Allá fueron y yo pensaba si no me vendría bien seguirlos, cuando por el callejón llegó un pequeño y elegante carruaje, cuyo cochero tenía la levita abrochada a medias, la corbata debajo de la oreja y todas las correas de las hebillas salidas. Aún no se había detenido, cuando ella salió como una exhalación por la puerta y se subió en el coche. Solo fui capaz de darle un rápido vistazo, pero era una mujer primorosa, con un rostro por el que un hombre se dejaría matar.

”—A la iglesia de Santa Mónica, John —ordenó—. Y tendrás medio soberano si llegas en veinte minutos.

”Aquello era demasiado interesante como para perderlo, Watson. Tenía dudas de si hacer el trayecto corriendo o agarrarme de la parte trasera del carruaje, cuando por la calle llegó un coche. El conductor no se veía muy atraído por un pasajero tan desharrapado, pero yo subí antes de que pudiera poner excusas. “A la iglesia de Santa Mónica —dije— y medio soberano si llega en veinte minutos”.

”Eran las doce menos veinticinco y, por supuesto, estaba claro lo que sucedía.

”Mi conductor se apresuró bastante. No recuerdo haber viajado a tanta velocidad en toda mi vida, pero los demás ya habían llegado. El coche y el carruaje, con los caballos sudados, estaban ya delante de la puerta cuando nosotros arribamos. Le pagué al cochero y entré corriendo en

la iglesia. No había nadie, a excepción de las dos personas que yo había ido siguiendo y de un sacerdote que parecía estar recriminándoles algo. Los tres se hallaban de pie, formando un grupo delante del altar. Me adelanté despacio por la nave lateral, como un desocupado cualquiera que entra a una iglesia. De repente, ante mi asombro, los tres del altar se dieron vuelta para mirarme y Godfrey Norton corrió en mi dirección, tan rápido como pudo.

”—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Usted estará bien! ¡Venga, venga!

”—¿Qué sucede? —inquirí yo.

”—¡Venga, hombre, venga, son solo tres minutos o no será legal!

”Casi me remolcaron al altar y antes de que me diera cuenta de dónde me hallaba, me encontré murmurando respuestas que alguien me decía al oído, dando fe de cosas de las que nada sabía y, en general, sirviendo a la unión matrimonial de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se realizó en un momento y allí estaban el caballero agradeciéndome por un lado y la dama por el otro, mientras el párroco me observaba desde adelante. Es la situación más grotesca en la que me encontré en la vida y recordarla es lo que me hacía reír hace un instante. Parece que existía alguna irregularidad en su licencia, que el clérigo se negaba absolutamente a casarlos sin que hubiese

un testigo, y que mi oportuna llegada libró al novio de tener que salir a la calle a buscar un padrino. La novia me entregó un soberano y pienso llevarlo en la cadena del reloj en memoria de esta ocasión.

—Es un vuelco bastante imprevisto de los hechos —dije—. ¿Y qué sucedió después?

—Bueno, tomé conciencia de que mis planes estaban por venirse abajo. Parecía que la parejita podía irse de inmediato, lo que iba a exigir providencias instantáneas y eficaces de mi parte. No obstante, en la puerta de la iglesia se separaron: él regresó al Temple y ella, a su casa. “Iré a pasear por el parque a las cinco, como siempre”, advirtió ella al saludar. No pude escuchar más. Se fueron en direcciones diferentes y yo fui a dedicarme a unos temas propios.

—¿Que eran...?

—Algo de carne fría y un vaso de cerveza —contestó mientras hacía sonar la campana—. Estuve demasiado entretenido como para pensar en comer y, posiblemente, lo estaré todavía más esta noche. Por cierto, doctor, precisaré su cooperación.

—Encantado.

—¿No le preocupa quebrantar la ley?

—En lo más mínimo.

—¿Y correr el riesgo de ser detenido?

—No, si es por una buena causa.

—¡Oh, la causa es excelente!

—Entonces, yo soy su hombre.

—Sabía que podía contar con usted.

—Pero ¿qué es lo que planea?

—Una vez que la señora Turner haya traído la bandeja, se lo expondré con claridad. Veamos —dijo, al tiempo que se arrojaba con voracidad sobre el sencillo almuerzo que nuestra casera nos había servido—. Tengo que explicarlo mientras como, porque no disponemos de mucho tiempo. Ya casi son las cinco. En dos horas debemos estar en la escena de la acción. La señorita Irene, o debo decir la señora, regresa de su paseo a las siete. Debemos estar en villa Briony cuando lo haga.

—Y luego, ¿qué?

—De eso me encargo yo. Ya preparé lo que debe suceder. Solo hay una cuestión en la que tengo que hacer hincapié. Usted no tiene que interferir, suceda lo que suceda. ¿Comprendido?

—¿Tengo que mantenerme al margen?

—No tiene que hacer absolutamente nada. Con toda certeza habrá algún pequeño escándalo. No intervenga. Terminará cuando me hagan ingresar en la casa. Luego de cuatro o cinco minutos, se abrirá la ventana de la sala de estar. Usted se ubicará cerca de esa ventana abierta.

—Sí.

—Debe fijarse en mí. Estaré al alcance de sus ojos.

—Sí.

—Y cuando yo alce la mano de este modo, usted lanzará adentro de la sala algo que le voy a dar y en ese momento gritará “¡Fuego!”. ¿Me sigue?

—Exactamente.

—No es nada particularmente temible —dijo, extrayendo de su bolsillo un rollo en forma de cigarro—. Es un cohete de humo ordinario, de los que utilizan los plomeros, con una tapa en cada punta para que se prenda solo. Su misión se reduce a eso. Cuando comience a vociferar “¡Fuego!”, muchas personas lo repetirán. Entonces, irá al final de la calle, donde a los diez minutos yo me uniré a usted. Espero haber sido claro.

—Debo permanecer al margen, estar junto a la ventana, fijarme en usted, esperar la señal y lanzar este objeto, vociferar “¡Fuego!” y aguardarlo en la esquina de la calle.

—Perfectamente.

—Entonces, puede tener plena confianza en mí.

—Excelente. Me parece que va siendo hora de que me arregle para el nuevo rol que habré de representar.

Desapareció en su habitación para retornar a los cinco minutos caracterizado como un cordial y simple sacerdote protestante. El sombrero negro de ala ancha, los pantalones

con rodilleras, la corbata blanca, su sonrisa afable y su aire de curiosidad indagadora y piadosa no podrían haber sido equiparados sino por el mismísimo John Hare. Holmes no se circunscribía a mudarse de ropa; su gesto, su manera de actuar, su mismo espíritu parecían modificarse con cada nuevo papel que tomaba. El teatro se perdió un excelente actor y la ciencia, un penetrante pensador cuando Holmes eligió especializarse en el delito.

Cuando dejamos Baker Street eran las seis y cuarto y aún faltaban diez minutos para las siete cuando alcanzamos Serpentine Avenue. Ya anochecía y los faroles se iban prendiendo a medida que nosotros andábamos hacia arriba y hacia abajo por la calle, frente a la villa Briony, aguardando que su inquilina llegara. La casa era tal como la había vislumbrado por la escueta descripción de Sherlock Holmes, pero el vecindario estaba menos solitario de lo que había imaginado. Al contrario, para ser una calle pequeña en un barrio apacible, estaba de lo más concurrida. En una esquina había un grupo de hombres desaliñados que fumaban y reían, un afilador con su rueda, dos guardias reales galanteando a una niñera y varios jóvenes elegantes que iban de un lado a otro con cigarros en la boca.

—¿Sabe? —dijo Holmes mientras caminábamos frente a la casa—. Este casamiento facilita mucho las cosas. Ahora la fotografía se transformó en un arma de dos filos.

Lo más factible es que ella tenga tan pocos deseos de que el señor Godfrey Norton la vea como nuestro cliente de que llegue a los ojos de su princesa. Ahora el tema es: ¿dónde hallaremos la fotografía?

—Exactamente. ¿Dónde?

—Es muy poco probable que ella la tenga encima. El tamaño es demasiado grande como para ocultarla bien bajo un vestido de mujer. Sabe que el rey es capaz de ordenar que la asalten y la registren. Ya lo intentó dos veces. En consecuencia, tenemos que descartar que la lleve encima.

—Entonces, ¿dónde?

—Su banquero o su abogado. Está esa doble probabilidad. Pero tiendo a pensar que no la tiene ninguno de los dos. Esencialmente, las mujeres se inclinan mucho a los secretos y prefieren encargarse de sus propias intrigas. ¿Por qué habría de colocarla en manos de otra persona? Puede confiar en sí misma, pero desconoce qué tipo de presiones indirectas o políticas se pueden realizar sobre un hombre de negocios. Amén de esto, considere que piensa usarla en unos días. Debe tenerla a mano. Debe estar en la casa.

—Pero la registraron dos veces.

—¡Bah! No sabían hacerlo.

—¿Y cómo lo hará usted?

—Yo no buscaré.

—¿Entonces...?

—Haré que ella me lo muestre.

—Pero se negará a hacerlo.

—No podrá. Escucho un rumor de ruedas. Es su coche. Ahora, siga mis instrucciones al pie de la letra.

En tanto hablaba, el brillo de las luces laterales de un coche apareció por la curva de la avenida. Era un coche pequeño y elegante que fue sacudiéndose hasta la puerta de la villa Briony. No bien paró, uno de los vagos de la esquina fue a abrir la portezuela con la velocidad de un rayo, a fin de ganarse un penique, pero otro desocupado que se había lanzado con la misma idea lo sacó de un codazo. Hubo una violenta disputa, a la que se sumaron los dos guardias reales, que se pusieron del lado de uno de los vagabundos y el afilador, que defendía con la misma vehemencia al del bando contrario. A alguien le dieron un golpe y, en un instante, la dama, que había descendido del carruaje, se halló en medio de un pequeño grupo de encendidos combatientes, que se apaleaban con ferocidad con puños y bastones. Holmes se arrojó entre ellos para resguardar a la dama, pero justo cuando estaba cerca de ella, lanzó un grito y cayó al piso, con sangre corriendo por su rostro. Al verlo caer, los guardias se fueron corriendo en una dirección y los desocupados en otra, en tanto unas cuantas personas bien arregladas, que habían visto la disputa sin formar parte, se aglomeraban para socorrer a

la señora y atender al herido. Irene Adler, como continuaré llamándola, había subido con gran rapidez los escalones, pero se detuvo arriba, con su majestuosa figura recortada contra las luces de la sala, y se dio vuelta para mirar hacia la calle.

—¿Está lastimado ese pobre caballero? —inquirió.

—Está muerto —dijeron varias voces.

—No, no, aún tiene algo de vida —vociferó otra—. Pero estará muerto antes de que podamos trasladarlo al hospital.

—Es un valiente —aseguró una mujer—. Si no hubiera sido por él, le habrían sacado el bolso y el reloj a esta dama. Forman parte de una banda y de lo peor. ¡Ah, está respirando!

—No puede permanecer tirado en la calle. ¿Podemos entrarlo a su casa, señora?

—Por supuesto. Llénenlo a la sala de estar. Allí hay un sillón muy confortable. Por aquí, por favor.

Despacio y con solemnidad lo entraron a la residencia Briony y lo recostaron en la sala de estar, en tanto yo continuaba viendo el curso de los hechos desde mi puesto al lado de la ventana. Habían prendido las lámparas, pero sin cerrar las cortinas, de modo que podía observar a Holmes tendido en el sofá. Desconozco si en ese instante él tenía alguna clase de prurito por el rol que representaba, pero

sí confieso que yo jamás sentí tanta vergüenza de mí como en ese momento, al ver a la bella criatura contra la que conspiraba y la gentileza y cortesía con las que atendía al herido. No obstante, dejar en ese punto la misión que Holmes me había encomendado habría sido una sórdida traición. Así pues, robustecí mi corazón y extraje el cohete de humo que ocultaba en mi sobretodo. Al fin y al cabo, me dije, no le haremos daño alguno. Únicamente evitaremos que haga daño a otro.

Holmes se había incorporado en el sillón y lo vi agitarse como si le faltara el aire. Una doncella se apuró a abrir la ventana. En ese preciso momento vi que alzaba la mano y, acatando su señal, lancé el cohete a la habitación en tanto vociferaba: “¡Fuego!”. No bien la palabra salió de mis labios, toda la multitud de espectadores, bien y mal vestidos —caballeros, mozos de cuadra y criadas— se hizo eco en un grito generalizado de “¡Fuego!”. Densas nubes de humo se expandieron por la sala y salieron por la ventana abierta. Pude entrever imágenes que corrían y después de un instante, escuché la voz de Holmes en la casa, afirmando que había sido una falsa alarma. Escabulléndome entre la vociferante multitud, alcancé la esquina de la calle y diez minutos más tarde me alegré al sentir el brazo de mi compañero sobre el mío y abandonar aquella escena.

Holmes anduvo rápido y callado por unos pocos minutos, hasta que tomamos por una de las serenas calles que van hacia Edgware Road.

—Lo hizo de manera excelente, doctor —dijo—. No podría haber salido mejor. Todo anda bien.

—¿Se hizo con la fotografía?

—Sé dónde se encuentra.

—¿Y cómo lo supo?

—Ella me lo señaló, como yo le expliqué que haría.

—Continúo en la oscuridad.

—No quiero hacer de esto un enigma —dijo mientras reía—. Todo fue muy simple. Obviamente, usted habrá notado que todos los que estaban en la calle eran cómplices. Contratados para esta tarde.

—Me lo imaginé.

—Cuando comenzó la trifulca, yo tenía algo de pintura roja, fresca, en la mano. Corrí, me caí, me puse las manos en la cara y me transformé en un espectáculo conmovedor. Un antiguo truco.

—Eso también me lo pude figurar.

—Entonces me trasladaron adentro. Ella debía dejarme entrar. ¿Cómo podría haberse negado? Y a la sala de estar, que era el cuarto del que yo recelaba. Tenía que ser ese o el dormitorio, y yo había decidido descubrir cuál. Me recostaron en el sillón, simulé que me quedaba sin aire, por

lo que estuvieron obligados a abrir la ventana y entonces usted tuvo su ocasión.

—¿Y para qué le sirvió eso?

—Era de suma importancia. Cuando una dama piensa que su casa se está incendiando, su instinto de inmediato la conduce hacia lo que más quiere. Se trata de un impulso que no se puede superar y del que en más de una oportunidad obtuve provecho. En el caso del escándalo de la sustitución de Darlington me fue sumamente útil y también en el asunto del castillo de Arnsworth. Una madre corre a buscar a su bebé, una mujer soltera agarra su joyero. Muy bien, para mí quedaba muy claro que para la dama que nos ocupa no había en la casa nada de más valor que aquello que nosotros buscamos y que se apresuraría a resguardarlo. La alarma del incendio salió maravillosamente. El humo y los alaridos eran capaces de perturbar nervios de acero. Ella respondió perfectamente. La foto se halla en un hueco atrás de un panel corredizo, sobre el cordón de la campana de la derecha. Se paró allí en un instante y de reojo advertí que comenzaba a sacarla. Cuando yo grité que era solo una falsa alarma, la introdujo de nuevo, observó el cohete, se fue corriendo de la sala y ya no la vi más. Me incorporé, presenté mis disculpas y salí de la casa. Consideré tratar de tomar la fotografía en ese mismo instante; pero el cochero había ingresado y me vigilaba

de cerca, así pues, creí que era más seguro aguardar. Un apuro excesivo podría estropearlo todo.

—¿Y ahora? —quise saber.

—Nuestra pesquisa casi terminó. Mañana habré de visitarla con el rey y con usted, si es que gusta acompañarnos. Nos introducirán en la sala de estar a aguardar a la señora, pero es posible que cuando aparezca ya no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Será un gusto para su majestad recobrarla con sus propias manos.

—¿Y cuándo irá?

—A las ocho de la mañana. Aún no estará levantada, de modo que tendremos el terreno a nuestra disposición. Aparte, tenemos que apresurarnos, porque este casamiento puede producir una variación completa en su vida y sus costumbres. Debo telegrafiar al rey sin demora.

Ya habíamos llegado a Baker Street y nos paramos en la puerta. Holmes buscaba la llave en sus bolsillos cuando alguien al pasar dijo:

—Buenas noches, señor Holmes.

En ese momento había varias personas en la vereda, pero el saludo parecía provenir de un joven flaco con impermeable que pasó con prisa al lado nuestro.

—Esa voz la escuché antes —señaló Holmes, con la vista fija en la calle poco iluminada—. Me intriga quién pudo ser.

III

Esa noche me quedé a dormir en Baker Street y estábamos tomando el café con tostadas cuando el rey de Bohemia entró en la sala.

—¿Es cierto que la tiene? —preguntó, tomando a Sherlock Holmes de los hombros y mirándolo a los ojos con ansiedad.

—Todavía no.

—Sin embargo, ¿tiene esperanzas?

—Las tengo.

—Muy bien, pues, vamos. No puedo dominar mi desasosiego.

—Debemos llamar un coche.

—No, mi carruaje está aguardando.

—Bien, eso facilita las cosas.

Descendimos y nos pusimos de nuevo en camino hacia la villa Briony.

—Irene Adler se casó —dijo Holmes.

—¿Se casó? ¿Cuándo?

—Ayer.

—Pero ¿con quién?

—Con un abogado inglés de apellido Norton.

—¡Pero es imposible que lo ame!

—Yo espero que sí lo ame.

—¿Por qué espera semejante cosa?

—Porque, de ser así, su majestad se vería libre de todo temor a futuras contrariedades. Si ella ama a su marido, no ama a su majestad. Si no ama a su majestad, no hay motivo para que obstaculice sus planes.

—Es cierto. Y sin embargo... ¡En fin!... ¡Ojalá ella hubiese tenido mi condición! ¡Qué reina habría sido!

Y dicho esto se sumió en un silencio desolado que no se quebró hasta que paramos en Serpentine Avenue. La puerta de la villa Briony se hallaba abierta y había una mujer de edad parada en la escalinata de la entrada. Nos lanzó una mirada punzante mientras descendíamos del carruaje.

—El señor Sherlock Holmes, creo —dijo.

—Yo soy el señor Holmes —contestó mi amigo, con una mirada interrogante y algo asombrada.

—Efectivamente. Mi señora me avisó que posiblemente viniera. Partió esta mañana con su marido, en el tren de las cinco y cuarto de Charing Cross, hacia el continente.

—¿Cómo? —Sherlock Holmes retrocedió mientras se tambaleaba y palidecía de sorpresa y turbación—. ¿Significa que se fue de Inglaterra?

—Para no regresar.

—¿Y los papeles? —inquirió el rey con voz áspera—. ¡Está todo perdido!

—Habremos de ver.

Holmes entró junto a la sirvienta y se abalanzó hacia la sala, seguido por el rey y por mí. Los muebles se hallaban esparcidos en todas direcciones, con estanterías desmanteladas y cajones abiertos, como si la señora los hubiese vaciado con prisa antes de huir. Holmes fue con rapidez hasta el cordón de la campana, quitó una tabla corre-diza e, introduciendo la mano, extrajo una foto y una carta. La fotografía era de la misma Irene Adler vestida en traje de noche; la carta se hallaba dirigida a “Sherlock Holmes. Para guardar hasta que la requieran”. Mi amigo la abrió y los tres la leímos al unísono. Estaba datada en la medianoche anterior y decía lo siguiente:

Estimado Sherlock Holmes:

De verdad, lo hizo usted muy bien. Me agarró totalmente por sorpresa. Hasta después de la alarma de fuego, no tuve la mínima sospecha. Pero luego, cuando entendí que me había puesto en evidencia, comencé a pensar. Hace varios meses me habían avisado sobre usted. Me advirtieron que si el rey empleaba a un agente, ese sin duda habría de ser usted. Hasta me dieron su dirección. Y no obstante todo esto, usted me movió a mostrarle

lo que deseaba saber. Incluso después de sospechar, se me hacía dificultoso pensar mal de un anciano clérigo tan cordial y agradable. Pero, como es de su conocimiento, poseo experiencia como actriz. La vestimenta masculina no es nada nuevo para mí. Con asiduidad me aprovecho de la libertad que otorga. Le di a John, el cochero, la orden de vigilarlo, subí rápido al piso superior, me calcé mi ropa de paseo, como yo le digo, y bajé justo cuando usted se iba.

Bien, lo seguí hasta la puerta de su residencia y así me cercioré de que, ciertamente, yo era objeto de interés para el famoso Sherlock Holmes. Entonces, de forma algo imprudente, le di las buenas noches y me fui al Temple para encontrarme con mi marido.

Ambos estuvimos de acuerdo en que, cuando a uno lo persigue un antagonista tan magnífico, la mejor opción es la huida. Por consiguiente, cuando usted venga mañana, encontrará el nido vacío. Con respecto a la fotografía, su cliente puede estar tranquilo. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El rey puede hacer lo que desee, sin hallar obstáculos de alguien a quien él trató de manera indigna y cruel. La guardo con el único propósito de preservarme y para tener un arma que me ponga a salvo de cualquier resolución que él pueda llegar a tomar en el futuro. Dejo una fotografía

que quizás le agrade tener. Y a usted, querido señor Sherlock Holmes, le envío cordiales saludos.

Irene Norton, *née* Adler

—¡Qué mujer! ¡Pero qué mujer! —dijo el rey de Bohemia cuando los tres terminamos de leer la carta—. ¿No le comenté lo perspicaz y determinada que era? Por cierto, ¿no habría sido una reina inigualable? ¿No es una lástima que no pertenezca a mi clase?

—Por lo que pude apreciar de la dama, parece, ciertamente, pertenecer a una clase muy distinta de la de su majestad —dijo Holmes secamente—. Siento no haber podido llevar el caso de su majestad a un final más feliz.

—¡Todo lo contrario, estimado señor! —exclamó el rey—. No podría haber concluido mejor. Tengo certeza de que su palabra es sagrada. La fotografía ahora es tan inocua como si la hubiesen calcinado.

—Me pone contento que su majestad afirme eso.

—Contrahe con usted una gran deuda. Por favor, dígame cómo puedo recompensarlo. Este anillo... —Se sacó del dedo una sortija de esmeraldas con forma de serpiente y se la puso en la palma de la mano.

—Su majestad tiene algo que para mí es de mucho más valor —señaló Holmes.

—No tiene otra cosa que decirlo.

—Esta fotografía.

El rey se quedó observándolo, sorprendido.

—¡La foto de Irene! Por supuesto, si es lo que quiere.

—Gracias, majestad. Por consiguiente, no hay más que hacer en este caso. Tengo el honor de desearle un buen día.

Hizo una inclinación, se dio vuelta sin poner atención a la mano que el rey le había tendido y salió conmigo hacia sus habitaciones.

De esta manera fue cómo se previno un gran escándalo que pudo haber dañado al reino de Bohemia y cómo los planes más excelsos de Sherlock Holmes fueron desbaratados por el genio de una mujer. Él acostumbraba bromear acerca de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no lo escuché hacerlo. Y cada vez que menciona a Irene Adler o su fotografía, lo hace siempre bajo el honorable rótulo de la mujer.